

# CICERON: SU PROYECCION EN LA HISTORIA DE LA EDUCACION

*Paloma PERNIL ALARCON*

*Profesora Tit. Int. de Hª de la Educación.*

*UNED*

*Todos nos sentimos atraídos fuertemente del ansia de saber y de aprender. Es un deseo que se nos antoja nobilísimo.*

Cic. De Divinatione

**N**o podríamos hablar de una pedagogía ciceroniana, sensu stricto, si por ello entendemos un contenido científico sistemáticamente elaborado. Sería, por el contrario, absurdo negarla si admitimos que la acción educadora no es sólo contenido de grandes tratados sino también trayectoria de grandes personalidades. Aun es más, tal vez nuestra cultura no es tanto la cima de metas conseguidas por nuestra civilización cuanto la consecución de las trazadas por los artífices de la Historia.

Cicerón será, sin duda, uno de los de más trascendental relieve en la Filosofía y en la Historia de la Educación.

Uno de los factores principales en el desenvolvimiento de la vida de los hombres es el clima de la época, del que inevitablemente se sienten contagiados, salvo la excepción de aquellos que son capaces de marcar nuevos hitos.

Tulio va a ser uno de esos espíritus inquietos dentro de su medio vital. El mismo va a reflejar su desasosiego por la época que le ha tocado vivir con la inquietud de quien quisiera haber muerto más pronto o haber nacido más tarde.

Ello nos lleva a preguntarnos por cuál va a ser su actitud. Si no se siente como hijo de sus días ¿será acaso un renovador?

No tendríamos que profundizar demasiado en su vida para encontrar una trayectoria marcadamente educadora en la que sobresalen un conjunto de cua-

lidades que le colocan en un lugar relevante por su actuación e influjo en torno suyo y por consiguiente en su época.

Vive inmerso en la política y su arma poderosa es la oratoria, sin embargo habrá un momento en la vida de Cicerón en que todas estas que parecían sus grandes finalidades pasarán a simples instrumentos de acción en su propio medio.

Así su discurso *pro Archia Poeta*, como ha dicho Alvaro D'Ors no es tan brillante por su oratoria cuanto por el *laudatio* de las letras. Al defender el derecho de ciudadanía de Arquías no pretende que ésta sea reconocida y respetada sino que en la Roma práctica y utilitaria alcancen carta de ciudadanía las letras humanas.

La causa que le induce a tomar la defensa de Arquías es la obligación moral con que se siente de defender al maestro porque:

*Si quid est in me ingenii, iudices, quod sentio quam sit exiguum aut si qua exertatio dicendi, in qua me non infitior mediocriter esse versatum, aut si huiusce rei ratio aliqua ab optimarum artium studiis ac disciplina profecta, a qua ego nullum confiteor aetatis meae tempus abhorruisse, earum rerum omnium vel in primis hic A. Licinius fructum a me repetere prope suo iure debet. (1).*

Grande es el valor jurídico de este discurso, sin embargo, muy por encima está la espléndida defensa de las letras, en su concepto de humanitas.

Somos deudores de la magna empresa que realiza sirviendo de puente con el Mundo Griego cuya cultura y formación nos transmite. Podríamos decir que la Humanidad de aquel entonces, aún sin saberlo, tuvo un gran maestro por el cual llegaría hasta occidente la filosofía de los griegos. Tal vez convenga recordar que uno de nuestros grandes filósofos, Javier Zubiri, coloca las posibilidades primeras del hecho de filosofar del hombre en la filosofía griega. En ella radicaría la trayectoria y la suerte concreta de la filosofía de la Historia (2).

Cicerón nos va a delimitar y definir claramente el concepto de humanitas relacionado íntimamente con la paideia griega en su triple aspecto educativo: Letras, música y gimnasia. En su sentido latino adquiere un significado más próximo al otium, viene a ser el antecedente del *humanismo* entendido éste como el cultivo global de todas las capacidades del hombre, gracias al que éste alcanza su máxima plenitud como tal hombre y celebra su verdadera naturaleza.

Posterior, pero admirador de Cicerón, Aulo Gelio en sus Noches Aticas (XIII, 17) recoge este sentido de la *humanitas* dentro del mundo romano con una gran afinidad a la *paideia* de los griegos.

*Qui verba latina fecerunt quique his probe usi sunt "humanitatem" non id esse voluerunt quod vulgus existimat quodque a Graecis philanthropia dicitur et significat dexteritatem quandam benevolentiamque erga omnis homines promiscam, sed **humanitatem** appellaverunt id propemodum quod Graeci **paideiam** vocant, nos eruditionem institutionemque in bonas artes dicimus. Quas qui sinceriter percipiunt adpetuntque hi sunt vel maxime **humanissimi**. Huius enim scientiae cura et disciplina ex universis animantibus uni homini data est idcircoque **humanitas** appellata est. (3).*

En el discurso en defensa de Arquías, Cicerón intenta demostrar cuán necesaria sea esta educación humanística no sólo como perfeccionamiento del individuo sino también para triunfar en la vida. Gracias a ella conseguirá su éxito en el foro permitiéndole presentarse como el paradigma del hombre completo.

Aunque siguiendo el análisis de sus obras encontraríamos una gran riqueza, en cuanto a su contenido pedagógico, sin embargo es importante hacer un estudio de las mismas como proyección de la trayectoria de su vida.

Los aspectos más importantes bajo los cuales podríamos enfocar la acción educadora de nuestro gran orador, desde nuestro punto de vista, serían los siguientes:

- a) Educación de sus hijos.
- b) Educación de sus esclavos.
- c) Educación de sus discípulos.
- d) Autoformación en contacto con el estudio de la Filosofía.

Cicerón tiene dos hijos de cuya educación se va a ocupar, pese a las exigencias de la vida pública que reclaman su actuación y entrega absoluta. Tullia la mayor de los dos va a ser la predilecta de su padre que ve en ella sus facciones, su palabra, su alma, como dirá a Quinto en una de sus cartas. Pretende igualarla tanto a él mismo que quiere hacer de ella un filósofo. Para ello la educa a su manera iniciándola en el estudio y procurando comunicarle la afición por las ocupaciones del espíritu. Parece sin embargo que no consiguió plenamente su cometido, precisamente porque pretendió hacer de ella una mujer más sabia que lo que permitían sus posibilidades subjetivas.

Aún fue menos fructífera su labor educativa en el segundo de sus hijos, Marco. Equivocó del todo sus gustos y aptitudes, desviando sus instintos de soldado hacia el estudio de las letras. Cicerón pretende hacer de él un filósofo y un orador, pero su trabajo fue completamente estéril. Realizada su primera edu-

cación le envía a Atenas para que perfeccione sus estudios, como era corriente entre la noble juventud romana, en vez de dejarle venir a España para luchar con César.

Lejos de la vigilancia paterna, se entregó a todos los vicios y caprichos sin continencia de ningún género. Su vida fue tanto más disipada cuanto que era alentado por uno de sus maestros, Gorgias, que encontró mucho más fácil adular sus vicios que cultivar sus dotes.

Cuando Bruto pasa por Grecia reclutando jóvenes romanos para ir a la guerra, Marco sintió resurgir en él sus instintos de soldado. Fue uno de los más célebres lugartenientes de Bruto y muchas veces mereció que le elogiara ante su padre. Este despertar del hijo hizo feliz a Cicerón moviéndole a escribir una de sus mejores obras: *El Tratado de los Deberes*, magnífica obra de educación moral dedicada a su hijo Marco.

*Habiendo, pues, determinado escribir ahora alguna obra para tu instrucción, y otras muchas en adelante, me pareció comenzar principalmente por un asunto que fuese el más a propósito para tus años, y más correspondiente a mi autoridad. Porque entre muchas cosas útiles y graves que hay en la Filosofía tratadas por los filósofos muy copiosamente y con gran cuidado, son, a mi juicio, de grandísima extensión los preceptos que han escrito y enseñado acerca de las obligaciones. En efecto; ninguna parte de la vida, ya se trate de los negocios públicos, ya de los particulares, o de los civiles, o domésticos, o propios, o de los contratos ajenos, puede estar exenta de alguna obligación en cuyo cumplimiento consiste toda la honestidad de la vida y en su omisión la torpeza. (4).*

Claramente nos expone aquí Cicerón cuál sea el cometido de su obra en la que se propone la formación de su hijo a través de una de las obras maestras de ética en la Historia del pensamiento.

Mas no sólo se ocupará de darnos a conocer sus ideas morales sino que, lo que es más importante aun bajo el punto de vista de la enseñanza, se va a detener en un estudio psicológico del sujeto que aprende y condiciones que debe reunir o adoptar ante el proceso del aprendizaje.

*A todos nos arrebatá y nos dejamos llevar todos del deseo de saber, en lo cual tenemos por honroso sobresalir, y al contrario, tropezar, no saber, errar y ser engañador, lo tenemos por vergonzoso y malo. Pero en esta curiosidad se han de evitar dos escollos: Uno el de tener lo incierto por averiguado y asentir a ello temerariamente; vicio que para evitarlo, el que lo desee (aunque todos*

*deben tener este deseo), es necesario que gaste tiempo y cuidado en considerar las cosas. (5).*

Esta idea la vamos a encontrar en nuestro más insigne humanista, Vives, en su obra *“De Tradendis Disciplinis”*. Ambos autores, Cicerón y Vives, van a recoger el concepto de educación de aquellos versos de Ennio.

El que enseña el camino al que va errado,  
Luz en su luz enciende, y a él le alumbra  
Lo propio, habiéndola comunicado.

Pocas definiciones tan profundas como la interpretación de Cicerón que recogemos de su obra *Los Oficios*:

*«Por este solo ejemplo, de Ennio, se percibe bien que todo cuanto podamos comunicar sin detrimento nuestro debemos darlo aun al que no conocemos».* (6).

Por otra parte en su *Tratado de los Deberes* deja delimitados los fines que se propone como meta educativa.

*Nuestro principal cuidado ha de ser vivir libres siempre de todas pasiones, deseos, inquietudes, tristeza, ira y alegría demasiada, para poder conservar la serenidad y tranquilidad de espíritu, la cual produce juntamente constancia y dignidad.* (7).

Además de este interesantísimo tratado merecerían un estudio, por su contenido educativo, gran parte de sus obras. Ello nos supondría hacer un seguimiento que escapa a la dimensión de este trabajo. Sin embargo es importante despertar una inquietud de valoración hacia uno de nuestros grandes colosos dentro de la Historia de la Educación. El paso del tiempo nos da el derecho de reivindicar para nuestra ciencia, más joven que otras, figuras que le pertenecen por derecho propio.

Si del contenido de las obras pasamos al análisis de sus relaciones hay un mundo importantísimo, en el que no sabemos qué admirar más si la persona que actúa o la filosofía que le impulsa. Nadie hasta Cicerón, antes del cristianismo, se había preocupado de los esclavos. Hay uno cuyo nombre latino, Tirón, nos hace suponer que naciera en la casa de su amo. En las cartas de Cicerón a Tirón le muestra un gran cariño. El mismo se llama su maestro y se encarga por completo de su educación. Más que un esclavo llegó a ser su confidente y amigo, le nombra su secretario y dicese que ningún copista de la época, excepto Tirón, leía la letra de Tulio. A aquél debemos una historia sobre Cicerón y la publicación de sus obras inéditas.

La tercera consideración, quizá la más importante desde una óptica de acción magisterial, sería la que gira en torno a la educación de sus discípulos y una etapa de autoformación en la última parte de su vida.

La educación en Roma abarca, principalmente, la **gramática** la **dialéctica** y la **oratoria**. Esta última no la recibía todo el mundo sino que estaba reservada a quienes habían de tomar parte en la vida pública.

Los jóvenes no eran encerrados en una escuela de retórica sino que cuando vestían la toga viril eran confiados a un hombre de estado célebre a cuyo lado permanecerían hasta que ellos mismos se sintieran capaces de actuar. Convivían en íntima familiaridad, oían las conferencias con sus amigos, sus discursos con los adversarios, acompañándolos a los tribunales y al foro. Así iban preparándose hasta que empezaban a actuar bajo su patrocinio.

Cicerón siente profundo cariño por aquella juventud alegre que en frase de Catulo, celebraba en él al más elocuente de los hijos de Rómulo, es el protector de aquellos jóvenes que estaban orgullosos de su genio y de su gloria.

En la primera época, cuando acababa de ser pretor y cónsul, le vemos rodeado de jóvenes de gran porvenir como Celio, Curión y Bruto a los que da lecciones de elocuencia y les hace hablar a su lado.

Más tarde cuando la derrota de la Farsalia le había alejado del gobierno de su país se pone en contacto con otra generación de la que escribía jovialmente que eran sus discípulos en el arte del bien decir y sus maestros en el de bien comer. Después de la muerte de César solicitan su amistad aquellos a quienes la suerte reservaba para ser los grandes dignatarios del gobierno.

Cabría una consideración especial de las relaciones entre Cicerón y Bruto. Son dos caracteres opuestos pero su armonía llegó a ser perfecta y trascendental en la vida de la república.

Bruto fue discípulo de Cicerón y peroró a su lado, bajo su dirección pero no pertenecía a su escuela. Admirador de Demóstenes, trataba de reproducir su elegante sobriedad y su finura nerviosa. Bruto no resulta un discípulo fiel ni un amigo cómodo. Carecía de flexibilidad en su trato y su tono era duro y brusco. Parece que la gran preocupación de Cicerón fue preparar una generación nueva mejorando a la juventud, el problema se lo plantea en su obra, de *Divinatione* en la que afirma que no hay nada mejor que podamos hacer a la República que enseñar y educar a la juventud. (8).

En este sentido trabajará sobre Bruto. Al asumir César el poder, después de la derrota de Farsalia, él solo tendrá el poder y no comparte la autoridad con

nadie. Bruto empleó aquellos ocios en reanudar los estudios que desde su juventud tenía interrumpidos, aunque no abandonados. Volver a ellos era aproximarse a Cicerón. Le escribe una carta el discípulo al maestro en la que le exalta cuanto realizó por la República pese a los rencores que en aquel momento tejen su vida.

El estudio de la filosofía los une. Ambos la cultivan desde la juventud pero demuestran amarla y cultivarla más cuando el gobierno de uno los alejó de los negocios públicos. Cicerón, que no podía acostumbrarse a la quietud dirigió a ella toda su actividad. Se da cuenta de que Grecia envejece y es necesario arrancarle su gloria filosófica.

Aquí está el momento cumbre de Cicerón: captación de la cultura griega, principalmente de la filosofía, dándole un sentido soteriológico de donde, a partir de su propia transformación, echará las semillas de todo el humanismo.

Al enfrentarse con la filosofía griega, él, admirador y traductor de las obras de Platón, se encuentra vacilante ante el tipo de filosofía que daría a sus compatriotas y parece optar por una metafísica sutil. Pronto se da cuenta de que no vendría bien con el espíritu práctico de los romanos y se decide a dirigirlos hacia las cuestiones de moral aplicada que serán la médula de toda su producción durante los últimos años: las pasiones, la naturaleza de la virtud, la gradación de los deberes y el transcendentalismo, problema de la otra vida como coronación de la presente, es presentando a lo largo de sus obras.

Con respecto a la propia vida de quienes la cultivan va a operar una gran transformación. Data de la Farsalia, como el imperio, es acogida por aquellos espíritus doloridos y sin ocupación que encuentran en la filosofía la posesión de sí mismo: estudiarse, encerrarse en sí era una compensación del poder que el tirano podía ejercer sobre los actos exteriores. Empiezan a darse cuenta de que el hombre para ser feliz se basta consigo mismo. Este encerrar dentro de sí sus penas y sus alegrías les da aquella libertad de espíritu que adoptan ante los negocios graves, aquel desdén hacia las cosas exteriores y facilidad para desprenderse de ellas.

La actuación pedagógica de Cicerón podríamos resumirla en una síntesis de las dos vidas, la ociosa y la activa sometidas a la finalidad superior de la política. Significa la captación del ocio de los griegos, como cultivo del espíritu, para pasar al negocio de los romanos como encarnación de la praxis.

Su valor ascético, aparentemente negativo, de desprecio de la gloria humana, le aseguró su éxito en la Edad Media, como ha hecho notar Magariños. Hay

una valoración positiva de la acción con una proyección de marcada trascendencia que le convierte en precursor de ideales de todas las épocas.

Hay un testimonio que él solo bastaría para poner fin a este trabajo. Es el que nos da San Agustín en sus Confesiones:

*Di por entonces con un libro de Cicerón del que todos alaban la lengua y no tanto su espíritu. Aquel su libro contiene una exhortación a la filosofía y se intitulà Hortensius. Pues bien, este libro es el que cambió mis aficiones... Se me hizo despreciable en un punto todo aquello en que había puesto vanamente mi esperanza y empecé a suspirar con increíble ardor de mi alma por la inmortalidad de la sabiduría (9).*

Somos deudores de Cicerón por su espíritu y por la comunicación de su mensaje, no sólo como herederos de su pensamiento sino como receptores de un lenguaje que transmite el contenido milenario de una filosofía que apoya toda nuestra Historia de la Educación.

\* \* \*

## NOTAS

- (1) Jueces, si tengo algún talento, y sé cuán pequeño es, si he logrado alguna experiencia en el arte de la oratoria, en el que no niego que no soy mediocre, si hay en mí algún conocimiento de la materia, por la dedicación a las bellas letras, de las que hago gala de no haberme apartado nunca, de todo ello corresponde que este Licinio, casi por derecho propio, me exija el fruto.

CICERON, M. T.: Defensa del Poeta Arquías, anotada por Alvaro D'Ors, Madrid, Instituto Antonio Nebrija, 1940.

- (2) ZUBIRI, X.: Naturaleza, Historia, Dios. Madrid, Editora Nacional 1963.
- (3) Los fundadores de la lengua latina y los que la hablaron bien, no quisieron, como el vulgo, que la palabra *humanitas* fuese sinónima de la palabra griega *filantropia*, y significase complacencia, dulzura, benevolencia; sino que dieron a este vocablo, sobre poco más o menos, el mismo sentido que los griegos dieron a la palabra *paideia*, es decir, lo que nosotros llamamos educación, iniciación en las bellas artes. Aquellos que muestran más talento y gusto en las bellas artes, son los que merecen mejor que se les llame *humani*. Este estudio, al que solamente el hombre entre todos los seres puede dedicarse, se llamó por esta razón *humanitas*.

GELLIUS, A.: The Attic Nights, London, Harvard University, 1968.



- (4) CICERON, M. T.: *Los oficios*, Madrid, Espasa Calpe, 1943.
- (5) CICERON, M. T.: *Los oficios*, Madrid, Espasa Calpe, 1943.
- (6) CICERON, M. T.: *Los oficios*, Madrid, Espasa Calpe, 1943.
- (7) CICERON, M. T.: *Los oficios*, Madrid, espasa Calpe, 1943.
- (8) PLASBERG, O.: *Tratados filosóficos:*  
Paradox; Academica, Timaeo, De natura deorum.  
De divinatione, Leipzig, I, 1908.
- (9) SAN AGUSTIN: *Obras*, Madrid, B.A.C. 1967.

\* \* \*

#### BIBLIOGRAFIA

- GWYNN, A.: *Roman Education from Cicero to Quintilian*. Oxford, 1926.
- MAGARIÑOS, A.: *Cicerón*. Barcelona, Labor, 1952.
- NELLMAN, R.: "*Cicero: education for humanitas*". Harvard Educational Review, XXXV, nº 3, (1964-1965).